

Manu se encuentra atónito.

Resulta que estaba junto a una mujer cariñosa, tierna y sensible, que además sabía apreciar el arte.

En realidad no se trataba de conocer, sino de sentir y luego reflexionar.

Para empezar, como todo, requería tiempo.

A través de un cuadro se podía llegar a conocer muchísimo.

La historia, la política, la sociología, hasta la biología, y no digamos la religión, ahora denominada psicología, habían sido representadas por artistas geniales a través de los siglos.

Luego, en el XIX, con el nacimiento del positivismo y la fotografía, el ser humano había dejado de crear, para destruir y destruirse en nombre de la ciencia.

Ella era una nueva diosa sin alma enfrentándose a las antiguas creencias con el fin de aniquilarlo todo, en primer lugar la naturaleza, la verdadera deidad.

La totalidad del conocimiento humano, tal como bien había mostrado Bertrand Russel, podía recogerse en un solo libro.

El resto era puro maniqueísmo.

Ahora la todopoderosa industria científica guiaba ciegamente a la humanidad, claro estaba hacia donde.

Lo increíble era que Goya, uno de los genios más adelantados a su tiempo, hubiera logrado vislumbrarlo con tal claridad.

El cuadro que Mónica le había mostrado, y que juntos habían analizado dialogando al estilo de Platón, hacía que se le erizara piel y sintiera escalofríos recorriendo su espina dorsal.

Todo ocre y negro, al estilo del arte abstracto, o de sus precursores, los impresionistas, y cargado de simbolismo, como la obra poética de su profeta, Baudelaire.

El fin del mundo, la bomba atómica, la destrucción llevada al paroxismo, podían adivinarse en aquel atardecer de la humanidad, luego amanecer para el resto de seres vivos.

Los humanos habrían desaparecido de la faz de la tierra tras aniquilarse los unos a los otros sin piedad.

Entonces un perro sin amo, al igual que Leonardo da Vinci, comenzaría a desarrollar su inteligencia en libertad mirando al cielo y pensando que él también podría llegar a volar.

Justo el siglo de Goya, siguiendo las predicciones del autor de uno de los cuadros más famosos del mundo, codiciado por el mismísimo Napoleón, había visto elevarse el primer planeador.

Y luego de ahí a los bombarderos no había transcurrido mucho tiempo.

Lo cual no era de extrañar, pues en el XIX, Dostoievski, el mejor novelista y una de las mentes más lúcidas de la historia, había declarado que los nuevos dirigentes mundiales eran verdaderos demonios.

Y todo porque los grandes valores de la aristocracia se habían convertido primero en vicios de la burguesía y luego en perversiones del vulgo.

Con la sangrienta y cruel revolución, el último reducto de amor entre personas de distinto sexo, lo que se conoció como vida galante, heredera del amor cortés, había desaparecido de la faz de la tierra.

Hasta Dios, como sucedáneo del amor, había sido finalmente desterrado, dejándonos tan solos y abandonados como el perrillo del cuadro.

Si al menos el ser humano recuperara su humildad..., había exclamado su acompañante esperanzada.

Y aquella preocupación por los demás, tan inusitada, acaba de dejarle atónito.